

Plaza pública

para la edición del 11 de noviembre de 1994

I Zedillo y Cárdenas

Miguel Ángel Granados Chapa

El Presidente electo Ernesto Zedillo formuló una solemne declaración inicial que debe ser permanentemente recordada. Gobernará sin exclusiones, anunció. La expresión en sí misma podría ser tomada como banal, pues nadie avisaría lo contrario. Pero en labios del próximo titular del Poder Ejecutivo la oferta es un compromiso político, pues constituye la premisa para regir una sociedad surcada en varios sentidos por brechas profundas, cuyo ahondamiento puede desgarrarla.

Al mismo tiempo que el doctor Zedillo manifestó esa síntesis de su credo, a la que agregó su reiterada convicción de que quienes contendieron con él en el proceso electoral concluido no son más sus adversarios, uno de ellos, en cierto modo el principal de ellos (aunque no obtuviera la segunda votación más copiosa), reafirma su carácter de dirigente social, en medio de la controversia que lo acompaña desde hace ocho años.

En efecto, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas fue el único candidato presidencial que se aproximó (lo más que pudo) a la Cámara de Diputados, el lunes en que se inició la calificación presidencial. El mismo demandó, como lo haría después la bancada parlamentaria de su partido, la anulación de las elecciones. Y luego voló a

Chiapas, en cuyo territorio bajo control zapatista se reunió con el subcomandante Marcos. La cita tuvo lugar al mismo tiempo que, en la ciudad de México, el obispo don Samuel Ruiz expresaba preocupadas advertencias sobre el curso inmediato de la situación en aquella entidad. De esa manera, Cárdenas queda colocado, no obstante su derrota, todavía en un espacio harto importante del escenario político nacional. Como interlocutor del zapatismo armado, Cárdenas puede prestar servicios a la pacificación de esa comarca, y a impedir que el conflicto se propague. Su eficacia política, sin embargo, tiene que ver con las modalidades que asuman su propia vinculación, y la de su partido, con el gobierno. ■ ■

Los seis años que están por concluir quedaron marcados, en ese ámbito, por una ruda, cruda, cruenta rivalidad entre el Presidente Salinas y el ingeniero Cárdenas. ^{y el p.p.d.} Ese factor contribuyó poderosamente a evitar que se instalara entre nosotros la normalidad democrática. A nadie le hará bien que esa animosidad se reeditara puntualmente. El Presidente electo está en posición de practicar la tolerancia incluyente que ha anunciado, no como la generosa dádiva que se derrama desde arriba, sino en virtud del talento de gobernante que está obligado a desplegar y de las convicciones ciudadanas que lo han llevado a llamar repetidamente a esfuerzos comunes. Aunque no haya sido reconocido por el cardenismo, y virtualmente tampoco por Acción Nacional, y a pese al reprobable modo en que se le consagró jurídicamente, su triunfo fue obtenido en forma

socialmente menos cuestionada que el de su predecesor, y esa holgura le abre espacios para no personalizar las diferencias y para no encontrarlas. Ni siquiera fue, en sentido estricto, correligionario de Cárdenas, como si lo fue Salinas, ya que ambos ejercieron funciones gubernativas del alto rango simultáneamente (al punto de que el último informe del gobernador michoacano en 1986 fue atestiguado por el secretario de Programación y Presupuesto). El elemento de ruptura ^{pues,} no está presente, ya que cuando Cárdenas se estaba yendo del PRI el doctor Zedillo ascendía apenas al segundo nivel de la administración federal.

III Cárdenas, por su parte, no se ha jubilado. Aun dentro de su partido, con el derecho que da la democracia, se escuchan voces que estimulan su retiro. No ha llegado la hora de que haga mutis. Como lo muestra su presencia en Chiapas, aún tiene servicios que rendir. Deberá encontrar la fórmula para hacerlo de la manera más eficaz. No sería contradictorio con su postura formal, ni significaría una rendición, y menos una abdicación contraria a la ética, el que facilitara la relación de su partido con el gobierno, y la ejerciera él mismo directamente. De hecho, no se abstuvo de reunirse, en el pasado reciente con altos funcionarios como los Secretarios de Gobernación Gutiérrez Barrios y Carpizo, o con Manuel Camacho mientras fue jefe del departamento del Distrito Federal. Un aspecto esencial de la política es la interlocución, y el diálogo ni disminuye ni adultera la propia personalidad.

Aun en condiciones muy adversas, Cárdenas mantuvo este año el rango de votación alcanzado hace un sexenio. Su vinculación con un sector del electorado está consolidada, y el futuro de su propia biografía y el de su partido estará determinado por su capacidad de expandir hacia nuevas zonas de la sociedad el mensaje del México profundo del que es portador y ha configurado su personalidad. Es posible encontrar una vía de acción política productiva, rendidora, sin caer en el pragmatismo cínico, el que implica arriar banderas, pero que exige una revisión de las condiciones reales, demanda la autocrítica y supone ~~la construcción de~~ dragar ^{las} nuevas vías azolvadas. i

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Zedillo y Cárdenas

Todavía no ha llegado el momento de que Cuauhtémoc se jubile de la política mexicana, pues le esperan tareas en que puede servir al país, para lo cual será precisa una adecuación de su estrategia, lo que no significa degradación.

-119-



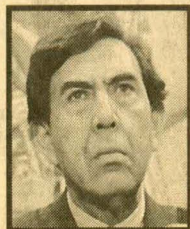
El Presidente electo Ernesto Zedillo formuló una solemne declaración inicial que debe ser permanentemente recordada. Gobernará sin exclusiones, anunció. La expresión en sí misma podría ser tenida como banal, pues nadie avisaría lo contrario. Pero en labios del próximo titular del Poder Ejecutivo la oferta es un compromiso político, pues constituye la premisa para regir una sociedad surcada en varios sentidos por brechas profundas, cuyo ahondamiento puede desgarrarla.

Al mismo tiempo que el doctor Zedillo manifestó esa síntesis de su credo a la que agregó su reiterada convicción de que quienes contendieron con él en el proceso electoral concluido no son más sus adversarios, uno de ellos, en cierto modo el principal de ellos (aunque no obtuviera la segunda votación más copiosa), reafirma su carácter de dirigente social, en medio de la controversia que lo acompaña desde hace ocho años.

En efecto, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas fue el único candidato presidencial que se aproximó (lo más que pudo) a la Cámara de Diputados, el lunes en que se inició la calificación presidencial. El mismo demandó como lo haría después la bancada parlamentaria de su partido, la anulación de las elecciones. Y luego voló a Chiapas, en cuyo territorio bajo control zapatista se reunió con el subcomandante Marcos. La cita tuvo lugar al mismo tiempo que, en la ciudad de México, el obispo don Samuel Ruiz expresaba preocupadas advertencias sobre el curso inmediato de la situación en aquella entidad. De esa manera, Cárdenas queda colocado, no obstante su derrota, todavía en un espacio hartamente importante del escenario político nacional. Como interlocutor del zapatismo armado, Cárdenas puede prestar servicios a la pacificación de esa comarca, y a impedir que el conflicto se propague. Su eficacia política, sin embargo, tiene que ver con las modalidades que asuman su propia vinculación, y la de su partido, con el gobierno.

Los seis años que están por concluir quedaron marcados, en ese ámbito, por una ruda, cruda, cruenta rivalidad entre el presidente Salinas y el ingeniero Cárdenas y el

PRD. Ese factor contribuyó poderosamente a evitar que se instalara entre nosotros la normalidad democrática. A nadie le hará bien que esa animosidad se reeditara puntualmente. El Presidente electo está en posición de practicar la tolerancia incluyente que ha anunciado, no como la generosa dádiva que se derrama desde arriba, sino en virtud del talento de gobernante que está obligado a desplegar y de las convicciones ciudadanas que lo han llevado a llamar repetidamente a esfuerzos comunes. Aunque no haya sido reconocido por el cardenismo, y virtualmente tampoco por Acción Nacional, y pese al reprochable modo en que se le consagró jurídicamente, su triunfo fue obtenido en forma socialmente menos cuestionada que el de su predecesor, y esa holgura le abre espacios para no personalizar las diferencias y para no encontrarlas. Ni siquiera fue, en sentido estricto, correlative de Cárdenas, como sí lo fue Salinas, ya que ambos ejercieron funciones gubernativas de alto rango simultáneamente (al punto de que el último informe del gobernador michoacano en 1986 fue atestiguado por el secretario de Programación y Presupuesto). El elemento de ruptura pues, no está presente, ya que



Sería estéril que se prolongue el conflicto que hizo rivalizar en el sexenio que está por concluir al presidente de la República y al principal de sus contendientes, teniendo en cuenta que no los separan los conflictos específicos que mediaron entre Salinas y Cárdenas

cuando Cárdenas se estaba yendo del PRI, el doctor Zedillo ascendía apenas a segundo nivel de la administración federal.

Cárdenas, por su parte, no se ha jubilado. Aun dentro de su partido, con el derecho que da la democracia, se escuchan voces que estimulan su retiro. No ha llegado la hora de que haga mutis. Como lo muestra su presencia en Chiapas, aún tiene servicios que rendir. Deberá encontrar la fórmula para hacerlo de la manera más eficaz. No sería contradictorio con su postura formal, ni significaría una rendición, y menos una abdicación contraria a la ética, el que facilitara la relación de su partido con el gobierno, y la ejerciera él mismo directamente. De hecho, no se abstuvo de reunirse, en el pasado reciente, con altos funcionarios como los secretarios de Gobernación Gutiérrez Barrios y Carpizo, o con Manuel Camacho mientras fue jefe del Departamento del Distrito Federal. Un aspecto esencial de la política es la interlocución, y el diálogo ni disminuye ni adultera la propia personalidad.

Aún en condiciones muy adversas, Cárdenas mantuvo este año el rango de votación alcanzado hace un sexenio. Su vinculación con un sector del electorado está consolidada, y el futuro de su propia biografía y el de su partido estarán determinados por su capacidad de expandir hacia nuevas zonas de la sociedad el mensaje del México profundo del que es portador y ha configurado su personalidad. Es posible encontrar una vida de acción política productiva, rendidora, sin caer en el pragmatismo cínico, el que implica arriar banderas, pero que exige una revisión de las condiciones reales demanda la autocritica y supone dragar las vías azolvadas.

CAJÓN DE SASTRE

Se ha abierto un doble frente en la Unión de Voceadores. Uno, el de la flexibilidad y la atención al derecho, que se condensa en el boletín del expendio El Zócalo, ha decidido aceptar la plena libertad de otros no afiliados a la Unión, de vender periódicos en las calles, y redoblar, al mismo tiempo, su propia actividad. El otro frente, antiguo y duro, busca extender el conflicto. Al hacerlo ha mostrado su verdadero rostro. No se trata de una lucha por el propio derecho, sino de una represalia mercantil, que en el fondo se propone imponer la censura. Se propone conseguir que no sólo en la ciudad de México, sino en todo el país, no circulen los diarios *Reforma* y *El Norte*. Esa es la verdadera dimensión del tema, un ataque a las libertades cuyo respeto invocó el presidente Salinas, cuya voz están obligados a acatar quienes antes le han rendido pleitesía.